

Tiempo y memoria en la poesía de José Emilio Pacheco

CARMEN VIRGINIA CARRILLO-TOREA*

Resumen: La poesía de José Emilio Pacheco se caracteriza por una constante reflexión acerca del tiempo. En este trabajo analizo cómo esta preocupación —común a pensadores como Bergson, Bachelard, Barthes y Ricoeur— se hace palabra en sus poemarios *Irás y no volverás* y *La arena errante*. El ser humano vive la ilusión de preservar los instantes, de hacerlos trascender; en los poemas, la fugacidad de la existencia y el cambio perpetuo que experimenta el hablante se contraponen al deseo de permanencia en el arte y la escritura.

Palabras clave: literatura latinoamericana; poesía; filosofía

Time and memory in José Emilio Pacheco's poetry

Abstract: José Emilio Pacheco's poetry is characterized by a constant reflection upon time. In this paper, I analyze how this concern —which is common to thinkers like Bergson, Bachelard, Barthes and Ricoeur— becomes words in his poems *Irás y no volverás* and *La arena errante*. Human being lives the illusion of retaining the instants, of making them transcend. In those poems, fugacity of existence and perpetual change experienced by the speaker, are opposed to the art and literature's wish of permanence.

Key words: literary analysis; Latin-American literature; philosophy

* Universidad de los Andes, Venezuela

Correo-e: cvct58@gmail.com

Recibido: 6 de febrero de 2014

Aceptado: 5 de septiembre 2014

Una constante preocupación acerca del tiempo aparece de manera reiterada en la obra poética del escritor mexicano José Emilio Pacheco. El yo lírico, que habla desde los versos del poeta, insiste en la imposibilidad de recuperar el pasado. Una línea irreversible marca sus pasos, de ahí que la angustia sea el sentimiento que le embarga ante la dificultad de fijar los momentos trascendentales de la existencia. Así dice en estos versos: “Digo *instante* / y en la primera sílaba el instante / se hunde en el no volver” (Pacheco, 2010a: 71).

El poema “Siempre Heráclito” abre la posibilidad de pensar el tiempo como una experiencia que inexorablemente pasa y nos transforma, aunque sigamos siendo los mismos: “Somos la piedra a la mitad del torrente: / siempre igual y distinta a cada segundo, / pulida por las incesantes aguas del cambio” (Pacheco, 2010a: 34).

La concepción bergsoniana plantea que lo propio del tiempo es avanzar: el pasado es el tiempo ya transcurrido, y el presente, el instante que ocurre y que separa el pasado del futuro (1959: 330). Bergson precisa que el presente es el estado de nuestro cuerpo en la acción; en este sentido, el pasado es lo que ha dejado de actuar, pero que revive en tanto su recuerdo se inserta en la sensación del presente (1959: 421). Desde estos planteamientos interpretamos los siguientes versos de Pacheco: “El tiempo entero es muda mutación. Celebremos / el peso de los años. / El que fui en otro mundo / repite sus palabras ante un teatro sin nadie” (2010a: 15).

En estos poemas, la vida es entendida como un vertiginoso transcurrir de acontecimientos: “Somos el tiempo que nos da un segundo / en donde cabe nuestra extensa vida” (Pacheco, 2010b: 14), dice el yo lírico. A su vez, en el poema “Escrito con tinta roja”, la escritura se describe como materia perecedera:

La poesía es la sombra de la memoria
pero será materia del olvido.
No la estela erigida en la honda selva
para durar entre sus corrupciones,
sino la hierba que estremece el prado
por un instante
y luego es brizna, polvo,
menos que nada ante el eterno viento
(Pacheco, 2010a: 112).

El poeta insiste en dejar testimonio de su inquietud ante el devastador efecto del tiempo sobre los seres y las cosas. En el poema “Contraelegía”, Pacheco pone en evidencia la contradictoria sensación que le produce esa conciencia de lo temporal y de la finitud como la confirmación de la vida misma:

Mi único tema es lo que ya no está.
Sólo parezco hablar de lo perdido.
Mi punzante estribillo *es nunca más*.
Y sin embargo amo este cambio perpetuo,
este variar segundo tras segundo,
porque sin él lo que llamamos vida
sería piedra
(Pacheco, 2010a: 38).

El hombre ha recurrido a la palabra y a otros lenguajes artísticos, como la fotografía, con la ilusión de fijar los momentos pasados, de volver perdurables situaciones, sentimientos e imágenes ya idos. En los poemas de Pacheco, la fugacidad de la existencia y el cambio perpetuo que vive el ser humano son comprendidos como una sumatoria de pequeñas muertes, de finales inevitables cuya única esperanza es la huella que dejan en la memoria, tal como lo expresa en su poema “Hoy mismo”: “Mira las cosas que se van, / recuérdalas, / porque no volverás a verlas nunca más” (Pacheco, 2010a: 94).

El poeta no logra representar sus vivencias con fidelidad, toda vez que el tiempo de la memoria es abstracto y caprichoso, y el implacable transcurrir de los acontecimientos confirma que ni el poema, ni

la pintura o la fotografía llegarán a ser algo más que la ilusión humana de vencer al dios Cronos.

En su poema “Contra la Kodak”, Pacheco cuestiona el afán de la fotografía de inmovilizar el paso del tiempo, de pretender proyectar el pasado en el futuro. Para el yo lírico, la fotografía no es testigo fiel de lo ya ido, sino que, por el contrario, distorsiona la realidad representada en tanto que estatiza lo dinámico y no puede evitar ser, a su vez, víctima de los efectos del tiempo:

Cosa terrible es la fotografía.
Pensar que en estos objetos cuadrangulares
yace un instante de 1959.
Rostros que ya no son,
aire que ya no existe.
Porque el tiempo se venga
de quienes rompen el orden natural deteniéndolo,
las fotos se resquebrajan, amarillean.
No son la música del pasado:
son el estruendo
de las ruinas internas que se desploman.
No son el verso sino el crujido
de nuestra irremediable cacofonía
(Pacheco, 2010a: 40).

Esta representación imperfecta de lo que “ya no es”, llamada fotografía, constituye de alguna manera una evidencia de la muerte del ser, “el retorno de lo muerto”, como lo llama Barthes (1998: 36). Lo que ha dejado de ser sólo puede recuperarse mediante la evocación del recuerdo, y ésta, intervenida por la experiencia del observador del presente, puede suscitar emociones diversas, bien sean placenteras o dolorosas, pero nunca idénticas a las vividas en el momento representado.

Para Roland Barthes “la Fotografía repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente” (1989: 26), convirtiéndose en la huella material de eventos y personajes. El semblante de un ser querido en un tiempo que no se corresponde con el de la memoria del observador transgrede el fluir de la existencia, “rasga con la contundencia

de lo espectral la continuidad del tiempo” (Sala-Sanahuja, 1989: 20), tal como se describe en el poema “Edades”:

Esa niña
que habita en el recuerdo como una anciana,
muerta hace medio siglo,
es en la foto nieta de su nieto,
la vida no vivida, el futuro total,
[...] Nada se vive antes ni después.
No hay conjugación en la existencia
más que el tiempo presente
(Pacheco, 2010a: 26).

En esta relación intertextual entre la escritura poética y la fotografía, la incapacidad de ser fiel a lo ya acontecido se resemantiza en la noción de la memoria desdichada. De ahí que en los textos se plantee una poética de la añoranza y la imposibilidad, un canto a la vulnerabilidad del ser, a la fragilidad de la evocación:

“Fotos”
No hay una sola foto de entonces.
Mejor así: para verte
necesito inventar tu rostro
(Pacheco, 2010b: 45).



Aquel 30 de abril (2000), detalle. Tinta sobre papel: José Edgar Miranda-Ortiz.

El yo lírico vive la experiencia de la inexorable finitud con la plena intención de que sus constantes evocaciones afectivas le permitan superar el vacío, mientras que aspiran a convertirse en testimonio de un tiempo perdido:

Mi desolado tema es ver qué hace la vida
con la materia humana. Cómo el tiempo,
que es invisible, va encarnando espeso;
cómo escribe su historia inapelable
en su página blanca: nuestra cara;
cómo toma
la forma de la vida que lo contiene,
y su caligrafía son mis rasgos
(Pacheco, 2010a: 22).

Esta constante rememoración no sólo se percibe como ilusoria, sino que implica una profunda melancolía. En su poema “Memoria” escribe el autor:

No tomes muy en serio
lo que te dice la memoria.

A lo mejor no hubo esa tarde.
Quizá todo fue autoengaño.
La gran pasión
sólo existió en tu deseo.

Quién te dice que no te está contando ficciones
para alargar la prórroga del fin
y sugerir que todo esto
tuvo al menos algún sentido
(Pacheco, 2010b: 23).

En estos versos pareciera resonar la sentencia del dramaturgo inglés Harold Pinter en su obra *Old Times*: “There are things I remember which may never have happened but as I recall them so they take place”¹ (1971: 16). En ella se alude a la capacidad de la memoria de recrear, transformar e imaginar el pasado,

1 “Hay cosas que recuerdo, que puede que nunca hayan ocurrido, pero, en la medida en que las recuerdo, ellas suceden.”



Estrellas en la cocina (1999), detalle. Tinta sobre papel: José Edgar Miranda-Ortiz.

concepción que también se percibe en la poesía de José Emilio Pacheco.

Para Paul Ricoeur, la evocación permite traer al presente lo ausente percibido, sentido, aprendido (2003: 47); aunque ese conocimiento de las cosas es subjetivo pues, como señala Bergson, “las imágenes pasadas se mezclan con nuestra percepción del presente” (1959: 261). La reconstrucción de un evento pasado necesariamente involucra la imaginación, un elemento fundamental en la reelaboración del discurso que dice lo ocurrido. Quien rememora acontecimientos que sucedieron, pero que en la distancia temporal se van haciendo cada vez más difusos, recurre a la sensibilidad y a la subjetividad para elaborar un nuevo discurso que los haga presentes, sin que ello implique la necesidad de verificación.

Los recuerdos se materializan azarosamente y lo que de ellos tenemos en el presente no es más que una suma de imágenes almacenadas de forma aleatoria; en este sentido nos preguntamos: ¿puede acaso la imaginación creadora del escritor ser fiel al pasado? Si la memoria de lo exterior está condicionada por la semejanza de lo íntimo (Ricoeur, 2003: 36), el poema es la puesta en discurso de esa rememoración mediatizada. Para Pacheco, la poesía es “la sombra de la memoria” (2010a: 112).

Ricoeur habla de la “memoria-pasión” (2003: 37) y define el recuerdo como el discurso que el sujeto mantiene consigo mismo (2003: 169). En Pacheco, la insistencia en la temática del tiempo y su relación con

la memoria se pone de manifiesto en el permanente diálogo que entabla el poeta con su *alter ego*: el yo lírico. El poeta reconoce el insalvable abismo que se crea entre el presente y el pasado, tal como lo plantea en su poema “Enigmas”:

Como el pasado ya pasó
no sabes
qué ha sido en realidad
lo que ha pasado
(Pacheco, 2010a: 74).

Los versos parecen sugerir que no es posible una recuperación auténtica o precisa del pasado, sino que sólo podemos tener una especie de atisbo de forma imaginaria. No obstante, en un intento por vencer el olvido busca rescatar lo que inexorablemente se encamina hacia la nada:

Todo se ha deshecho.
Ha regresado al polvo.
Está a punto
de ser vacío
en el vacío que aquel amor
colmó por un instante.
Pero ya basta
(Pacheco, 2010b: 25).

La concepción del pasado y el porvenir como tiempos vacíos ha sido planteada por Gaston Bachelard, quien también hace una interpretación del tiempo desde la perspectiva del instante. Dice el autor: “el tiempo es una realidad ceñida al instante y suspendida entre dos nada” (Bachelard, 1978: 50).

El hablante manifiesta la conciencia que tiene de sí mismo como ser finito y convierte la enunciación poética en una aseveración. De ahí que en su “Elogio a la fugacidad” diga:

Triste que todo pase...
Pero también qué dicha este gran cambio perpetuo.
Si pudiéramos
detener el instante

todo sería mucho más terrible
(Pacheco, 2010b: 36).

La memoria como reconstrucción de elementos reales y ficticios configura el texto en función del encuentro de elementos evocados que tienen un contenido real. A su vez, la reconfiguración del acontecimiento es un proceso que agrega elementos imaginarios en la medida en que el recuerdo es reelaborado.

En Pacheco, la enunciación lírica constituye un espacio para la reflexión y la reescritura del pasado por medio de la rememoración. En su poesía se actualizan las vivencias con la plena conciencia de que la escritura poética escapa a la especificidad de las circunstancias en que sucedieron los acontecimientos, que llegan entonces a ampliarse hacia un nuevo horizonte determinado por la subjetividad y por la imaginación. En los poemas, el tiempo se convierte en una experiencia poética en la cual el hablante y el lector reviven, en el instante del encuentro, el eco del pasado que emerge del poema.

REFERENCIAS

- Bachelard, Gaston (1978), *La dialéctica de la duración*, Madrid, Villalar.
- Barthes, Roland (1989), *La cámara lúcida*, Barcelona, Paidós.
- Bergson, Henri (1959), “Materia y memoria”, en *Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, pp. 207-429.
- Pacheco, José Emilio (2010a), *Irás y no volverás*, México, Ediciones Era.
- Pacheco, José Emilio (2010b), *La arena errante*, México, Ediciones Era.
- Pinter, Harold (1971), *Old times*, Londres, Eyre Methuen Ltd.
- Ricoeur, Paul (2003), *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Editorial Trotta.
- Sala-Sanahuja, Joaquim (1989), “Prólogo a la edición en castellano”, en Roland Barthes, *La cámara lúcida*, Barcelona, Paidós, pp 13-21.

CARMEN VIRGINIA CARRILLO TOREA. Doctora en Lengua y Literatura por la Universidad de Murcia, España. Profesora titular (la más alta categoría en el sistema universitario venezolano) de la Universidad de los Andes, Trujillo, Venezuela. Miembro del Laboratorio de Investigación Arte y Poética. Adscrita al Departamento de Lenguas Modernas del Núcleo Trujillo. De noviembre de 2011 a noviembre de 2013 fue jefa del Departamento de Lenguas Modernas, puesto ganado por elección para un periodo de dos años; en dos oportunidades, jefe del Área de Castellano y Literatura de la misma universidad.